

»dispuesto á servir á todos» (1). Luego, estrechando entre sus brazos amorosísimos á un niño, añadió: «¿Sabéis quién será el mayor en el reino de mi Padre? El que imitare la inocencia, sencillez y humildad de un niño semejante á este que tenéis aquí presente» (2). En otra ocasión aún fué más explícito y llegó á hacer temblar á sus discípulos. Volviendo éstos de predicar el Evangelio á los pueblos á que habían sido enviados por el Salvador, dijéronle llenos de gozo, mezclado de vanagloria: *Señor, hemos hecho maravillas. hasta los demonios se nos sujetaban en tu Nombre* (3). Y díjoles Jesús, *que había visto á Satanás cayendo del cielo como un rayo*. Como si dijera: Tened presente la caída de Satanás, y guardaos bien de la vanagloria y soberbia que en un punto le derribaron del cielo y de la mayor felicidad á la mayor miseria.

5. Mirad, hermanas mías, lo que me atrevo á decir, fundado en la Santa Escritura. Tan abominable es este vicio á los ojos de Dios, que mientras tolera—digámoslo así—pecados y crímenes los más enormes, no puede sufrir éste de la soberbia y vanagloria. David comete un adulterio y un homicidio, y con ello escandaliza á toda la nación, y no obstante, Dios lo tolera, y después de arrepentido el Profeta, olvida su pecado (4); pero cede á un ligero impulso de vanidad—que consistió en contar sus súbditos para saber el número de los que tenía á sus órdenes,—y una plaga terrible, que en solos tres días quitó la vida á setenta mil personas, fué el castigo de esta falta (5). Así cura Dios la secreta soberbia de los suyos, y así lo confesó luego el mismo David en sus Salmos: *Bueno ha sido para mí, Dios mío, el haberme Vos humillado, para que aprenda cómo os debo servir en lo sucesivo* (6). Lo mismo aconteció á San Pedro, por haber osado contradecir á su divino

(1) Luc., XXII, 26.

(2) Matth., XVIII, 4.

(3) Luc., X, 18; Matth., VII, 22.

(4) II. Reg., XII, 13.

(5) II. Reg., XXIV, 15.

(6) Psal. CXVIII, 71.

Maestro. ¡Qué pecado tan horrendo el de este apóstol!, ¡qué crimen tan enorme! ¡Negar á Jesús una, dos y tres veces consecutivas, y la última acompañada de juramentos y maldiciones! (1). ¡Pedro, tan amado de Jesús y tan apasionado por su Maestro! Y ¡permitir Dios en esta alma tan privilegiada una caída tan grave!... ¡Dios mío!, ¡qué odio tan profundo os inspira este vicio sobre todos los demás vicios, pues allí donde lo veis descargáis todo el furor y toda la indignación de vuestro brazo. *Palabra es ésta que Dios hace en Israel, que á quienquiera que la oyere, le retñirán los oídos de terror* (2). Estos son los grandes castigos de Dios, cuyo sólo relato hace temblar de espanto.

Sí, hermanas mías; motivos tenemos para temblar, si franqueamos la entrada en nuestro corazón á este vicio tan odioso y abominable á los ojos de Dios. Para evitar esta desgracia, que constituye uno de los mayores impedimentos de la perfección, puesto que la ataca en su raíz y fundamento, vamos á descubrir la malicia satánica que entraña este vicio y los frutos emponzoñados que produce en el alma del desventurado mortal que lo posee.

División. Los Santos Padres distinguen dos clases de soberbia (3): una carnal ó mundana, y otra espiritual. La primera—calificada por el Evangelista San Juan de *soberbia de la vida* (4)—es un apetito desordenado de excelencia en las cosas corporales y visibles que el mundo tiene por grandes, como son dignidades, honores, preeminencias, etc., y ésta es propia de los mundanos. La espiritual—propriamente llamada vanagloria—es un apetito desordenado de excelencia en las cosas espirituales, como son las virtudes y ciencias que perfeccionan el espíritu. La soberbia mundana debo

(1) Matth., XXVI, 74; Marc., XIV, 71; Luc., XXII, 57.

(2) I. Reg., III, 11.

(3) S. Greg. Moral., lib. 34, cap. 12.

(4) I. Joann., II, 16.

creer que no logrará nunca entrada franca en vuestro corazón, porque lo tenéis cerrado y sellado con los votos de vuestra profesión religiosa, y á semejanza del Apóstol, *miráis todas las cosas como basura por ganar á Cristo* (1).

Vanagloria. Pero no acontece lo mismo con la vanagloria, la cual, dice San Gregorio, logra introducirse tan disimuladamente en nuestro corazón para robarnos las buenas obras, que muchas veces, antes que sea sentida y conocida, nos ha ya robado y despojado (2). Por ello, añade San Basilio, esta soberbia espiritual es mucho más temible que la mundana, porque entra en nuestro corazón sin ser advertida y produce grande estrago en las virtudes, y las consume como polilla, y no deja de ellas sino la exterior apariencia (3). Y es tan costosa y difícil de vencer—afirma San Agustín y lo trae Santo Tomás—que nadie puede entenderlo, sino quien se resuelve á contradecirla (4). Porque, como escribe Casiano, tiene innumerables modos de acometernos. «Acomete al »que anda bien y mal vestido; al que calla y al que habla; al »que ayuna y al que come, y aun al mismo que habla contra »ella en público ó se acusa de ella en la confesión, para que »desea aplauso y alabanza en lo que dice ó hace» (5). ¿Quién podrá librarse de sus ataques? Muy pocos, dice San Jerónimo, el cual la llama pasión común ó general, y confiesa que le daba gran molestia (6). Entre el reducido número de almas no solicitadas por los halagos de esta pasión, descuella Santa Teresa de Jesús, la cual escribe en una de sus cartas: «Paré- »ceme que, aunque con estudio quisiese tener vanagloria, no »podría lograrlo, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna »de estas virtudes es mía». (7). Y dice bien, porque sólo el

(1) Philipp., III, 8.

(2) Moral., cap. últ.

(3) De const. monast., cap. 11.

(4) 2. 2., q. 132, arg. 3.

(5) Lib. IV., cap. 3.

(6) In Galat., cap. 5.

(7) Carta XII, tom. 2.

ciego ó el loco pueden atribuir á sus propios méritos ó esfuerzos los dones de Dios.

Malicia que entraña. Y en esto precisamente está cifrada la malicia que entraña este vicio: en que el vanaglorioso pretende alzarse con *la gloria y honra debidas á solo Dios* (1), y Dios ha jurado *no ceder su gloria á nadie* (2). El poseído de este vicio usurpa esta gloria y la hace suya, y desea que las criaturas aparten sus ojos de Dios y los pongan en él, miserable gusanillo, siendo así que nada bueno tenemos nuestro, pues, como afirma Santiago, *toda dádiva buena y todo don perfecto nos ha de venir de arriba, del Padre de las lumbres* (3). Y el Apóstol añade, que no podemos obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirva para nuestra salvación, sin Dios, *de quien toda nuestra suficiencia procede* (4). A pesar de ello, y aunque parezca increíble, es muy frecuente el ver almas tan henchidas de amor propio, que creen suyos los bienes espirituales que poseen, y se envanecen con las virtudes que practican, mirándose y contemplándose á sí mismas, como Lucifer (5), y quizá repiten en su corazón las palabras del fariseo: «Yo no soy como las »otras (6); yo no tengo los defectos de ésta; yo hago mejor »esto ó aquello». Y hasta llegan á creer que las gracias de Dios las son debidas, pues ó murmuran y se entristecen si tardan en lograr las que desean, ó se persuaden fácilmente, si las obtienen, que son resultado de sus oraciones, de sus esfuerzos, de sus sacrificios y la recompensa de sus méritos. Y de tal manera ponen los ojos en lo bueno que hacen, que se olvidan de los pecados y males pasados, y aun algunas veces de los presentes, porque se ocupan tanto en mirar lo

(1) Rom., XVI, 27; Apocal., V, 13; Hebræ., II, 9; I. Timoth., I, 17.

(2) Isai., XLII, 8.

(3) Jacob., I, 17.

(4) Philipp., II, 13; II. Corinth., III, 5.

(5) Ezech., XXVIII, 2.

(6) Luc., XVIII, 11.

bueno, que no atienden ni echan de ver muchas cosas malas que hacen. Y resulta que estos tales, mirando sus bienes, los pierden, porque se ensoberbecen con ellos. En efecto: lo que el Apóstol afirma de la caridad, esto es, que sin ella no puede haber obra meritoria por grande y heroica que se la suponga (1), puédesse también decir en sentido contrario de la soberbia y vanagloria, esto es, que ninguna virtud será agradable á los ojos de Dios, si está contaminada por estos vicios. «No, no será grato á Dios, dice San Agustín, lo que haga el »hombre soberbio, y vanamente se gloria de poseer virtudes, »porque no tiene ninguna, aunque parezca que las tiene; »porque quien tiene lo que abomina Dios, que es la sober- »bia, ¿cómo puede poseer lo que Dios tanto ama, que es la »humildad? (2).

Y ¿por qué nos ensoberbecemos y engréimos, hermanas mías? ¿De qué podemos gloriarnos viendo que si con atención examinamos por la noche cómo hemos empleado el día, hallaremos un sinnúmero de miserias, males y faltas que hemos cometido en hablar, obrar y pensar y en el bien que hemos dejado de hacer? Y si algo bueno hemos hecho con el favor de Dios, ¿no es fácil que lo halleemos manchado con soberbia ó vanagloria, ó con pereza y negligencia, y con otras muchas faltas que sabemos y otras muchas que no sabemos, pero creemos que las hay? ¿Qué motivo racional tenemos para despreciar á nuestros hermanos ó para mirarlos con desdén? ¿Quién sabe si se trocarán las suertes, y seremos nosotros los desechados y ellos los escogidos! (3). *Fácil cosa es á Dios de repente enriquecer al pobre*, dice el Sabio (4). En un instante puede Dios hacer de un publicano y de un perseguidor de la Iglesia, apóstoles suyos y vasos de elección (5),

(1) I. Corinth., XIII, 1.

(2) Tract. IX, De obed. et humil.

(3) Génes., XLVIII, 14.

(4) Eccli., XI, 23.

(5) Act., IX, 15.

como hizo á San Mateo y á San Pablo. De pecadores empedernidos y más duros que un diamante puede hacer hijos de Dios (1). El verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos, y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio de ellos, que no alza los ojos para mirar faltas ajenas, pareciéndole que tiene hartos que hacer en llorar sus duelos, y así á todos los tiene por buenos y á sí solo por malo. ¿Por qué buscamos en nuestras obras el aplauso de las criaturas, que no es sino un poco de humo que disipa el viento, y lo que es peor, un robo sacrilego de la *honra y gloria á solo Dios debidas*? De Él hemos de procurar ser estimados (2), porque el serlo de las criaturas es vanidad y aflicción de espíritu (3). Decía el Apóstol San Pablo: *A mí no se me da nada el ser juzgado y tenido en poco de los hombres*. No ando á contentar á hombres; á Dios querría contentar, *porque Él es mi juez* (4). Si hemos adquirido algún mérito ó hecho algún bien, la verdad y la justicia nos obligan á repetir las palabras de San Agustín: «Cuando entro en cuentas con mi alma, en el capítulo de los ingresos sólo hallo tus dones, Jesús mío».

Medio para vencerla. Esta es la verdad; y debiera llenarnos de confusión y de vergüenza el considerar que andamos vestidos de religiosos, quizá muchos años, y todavía no hemos logrado arrancar de nuestro corazón ciertos malos hábitos que nos dominan y nos desprestigian á los ojos del mundo, y desedifican y molestan á nuestros hermanos, y entristecen el Corazón de Dios é impiden nuestro adelantamiento en la perfección á que somos llamados, á pesar de tantos medios de santificación como nos ofrece el envidiable estado que profesamos. Es verdad que seremos tentados

(1) Matth., III, 9; Luc., III, 8.

(2) II. Corinth., X, 18.

(3) Ecclesiast., II, 1.

(4) I. Corinth., IV, 3-4.

hasta la muerte y de mil maneras, porque *tentación es la vida del hombre sobre la tierra* (1); pero la misma tentación debe servirnos de estímulo y acicate para despertar de nuestra tibieza (2) y redoblar nuestros esfuerzos (3), y, como el Profeta, alzar los ojos y el corazón á Dios, de quien proceden la gracia y el auxilio (4). Así obraron los Santos, y éste es un medio eficaz para triunfar de este maldito vicio. Escuchad un ejemplo que trae San Juan Clímaco á este propósito, y que puede servirnos de arma poderosa é invencible en cualesquiera ataques que nos presente el enemigo, ya que *todos los pecados tienen su raíz en la soberbia* (5). Dícenos el santo, que un fervoroso siervo de Cristo, enamorado de la humildad, empeñóse en adquirirla. Mas viéndose un día tenazmente atacado por el demonio de la vanagloria, discurrió un medio maravilloso para desconcertar y confundir á este enemigo. Escribió en la pared de su celda los nombres de algunas virtudes entre las más excelentes, como son: caridad perfecta, humildad profundísima, castidad angélica, oración purísima y altísima, y otras semejantes; y cuando aquellos malos pensamientos comenzaban á tentarle, respondía él al demonio: Vamos á la prueba: «Profundísima humildad»: esa no tengo yo; con profunda me contentaría; aun no sé si he adquirido el primer grado. «Caridad perfecta»: caridad, sí; pero, ¿perfecta?, no es muy perfecta, que algunas veces hablo á mis hermanos con altivez. «Castidad angélica»: no; que muchos malos pensamientos y aun muchos malos movimientos siento en mí. «Oración altísima»: no; duérmome y distraígame mucho en ella. Y decíase á sí mismo: después que hubieres alcanzado todas estas virtudes, aún has de confesar que eres

(1) Job., VII, 1; Job., XIV, 1.
(2) Rom., XIII, 11; II. Corinth., XII, 7.

(3) Ephes., IV, 23; Ephes., V, 15-16; II. Petr., I, 10.
(4) Psal. CXX, 1.
(5) Eccli., X, 15; Prov., XVIII, 12.

siervo inútil y sin provecho, y por tal te has de tener, conforme á aquellas palabras de Cristo Nuestro Redentor: *Después que hubiereis hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos somos sin provecho* (1). Pues ahora que estás tan lejos de eso, ¿qué serás? (2). Este es un buen medio para impedir que se levanten en nuestro corazón esos humos de soberbia y vanagloria que nos alejan de Dios y no pueden sufrir los hombres (3): pensar en nuestros pecados pasados y en nuestras faltas y miserias presentes, como lo hacía San Pablo, el cual, para que no le levantasen y desvaneciesen sus grandes virtudes, y el haber sido arrebatado al tercer cielo y la grandeza de las revelaciones que había oído: «¡Ay!, dice, »que he sido blasfemo y perseguidor de los siervos de Dios »y del Nombre de Cristo, y no soy digno de ser llamado »Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios» (4).

Pues imitémosle nosotros; no se nos pase día que no empleemos algún rato de oración en pensar algo que sirva para nuestra confusión y desprecio, hasta que sintamos embebido en nuestra alma un entrañable desprecio y desestima de nosotros mismos, y una confusión y vergüenza delante del acatamiento de la Majestad de Dios, viendo nuestra bajeza y miseria. Así nos haremos dignos de que Dios ponga sus ojos en nosotros (5), y nos otorgue sus gracias y mercedes (6), y nos descubra sus secretos (7), y escuche benigno nuestras oraciones, y nos conceda su paz, que es prenda segura de la gloria (8).

(1) Luc., XVII, 10.
(2) In Scala Parad., grad. 25.
(3) Eccli., X, 7.
(4) I. Timoth., I, 13.
(5) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 20; Hebræ., IV, 13.

(6) Jacob., IV, 6; I. Petr., V, 5; Prov., III, 34.
(7) Matth., XI, 25; Luc., X, 21.
(8) Luc., XXIV, 36; Philip., IV, 7.